

Discurso, análisis crítico y transdisciplinariedad¹

David Pujante
Universidad de Valladolid

Esperanza Morales López
Universidad de A Coruña

Publicado en catalán en Vicent Salvador (ed.) *L'ull despert. Anàlisi crítica dels discursos d'avui*, pp. 81-104, Valencia, Edicions Tres i Quatre, 2012.

Resumen

En este trabajo, los autores plantean la perspectiva del análisis crítico del discurso desde la cual realizan sus investigaciones; una perspectiva basada en la interrelación entre los estudios pragmático-discursivos y la tradición retórica, con el fin de analizar de manera interdisciplinaria los diversos discursos de poder y/o que construyen ideología. Estos los definen como un *continuum* en cuyos polos opuestos se sitúan, por un lado, discursos que construyen relaciones de poder (entrevistas, clases, etc.) y, por el otro, los claramente ideológicos (discursos políticos parlamentarios, mítines, etc., pero también los de muchas organizaciones sociales).

Los autores plantean también avanzar de la interdisciplinariedad a la transdisciplinariedad (como propugnan los estudios de la complejidad), de tal forma que de la combinación de disciplinas se pueda estudiar de manera nueva fenómenos complejos. En este sentido, muestran cómo ha ido avanzando su perspectiva teórico-metodológica en la investigación del discurso político, a lo largo de casi una década (1995-2007).

Palabras clave: análisis crítico del discurso, discurso político, retórica, transdisciplinariedad, discursos de poder, discursos ideológicos.

1. El análisis del discurso

Si hacemos un recorrido por los diversos trabajos publicados en los últimos años sobre el análisis del discurso en el contexto español, observamos en ellos varios objetivos. Los podríamos agrupar en torno a los siguientes tres enfoques: a) una orientación más lingüística que tiene como finalidad el análisis del significado semántico-pragmático de determinadas estructuras en contextos concretos y, en algunos casos también, el estudio de tales formas y sus funciones en la construcción dialéctica del género discursivo objeto de estudio; b) un análisis retórico de los discursos públicos con el fin de analizar (en los distintos niveles) qué estructuras persuasivas y qué formas

¹ Este artículo se incluye en el proyecto CEI (*Comunicación en la empresa y en las instituciones: Mecanismos de gestión del conocimiento y persuasión social*), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y Fondos Feder (FFI-2010-18514). Más información en <http://cei.udc.es> y <http://dspace.udc.es>

argumentativas, de las estudiadas por la tradición clásica, perduran aún, y cuáles se han modificado o han aparecido, en los discursos públicos modernos; y c) un estudio que trata de desvelar la complejidad de niveles de significación que se activan en las situaciones comunicativas en donde se construyen relaciones de poder e ideologías diversas. En los tres casos, se parte del análisis de las estructuras lingüístico-discursivas (incluyendo aquí cada uno de los diferentes niveles del lenguaje), de las construcciones retóricas y/o de las estrategias argumentativas más relevantes.

Es al tercer enfoque al que se le denomina análisis crítico del discurso. Esta aproximación discursiva no se corresponde con una escuela concreta, como bien han señalado los mismos autores que se adscriben en lo que se viene denominando como grupo de Análisis Crítico del Discurso (van Dijk, Fairclough, Wodak, etc.), porque en realidad el estudio de las relaciones de poder y el estudio de la ideología es un objetivo muy amplio que ha sido objeto de diversas disciplinas sociales. Como se podrá comprobar en el último apartado de esta reflexión, si bien nos sentimos adscritos a planteamientos de base propios de este enfoque, hemos realizado nuestro trabajo con un claro sesgo retórico. Un tipo de apoyo analítico al análisis crítico del discurso que no hemos visto, sino en aspectos muy puntuales, en otros trabajos europeos en esta línea discursiva.

Para entender lo que se quiere decir por una dimensión crítica en los estudios sociales, nosotros optamos por seguir la definición que ofrece el sociólogo portugués Sousa de Santos (2005: 97-98):

“Por ‘teoría crítica’ entiendo aquella que no reduce ‘la realidad’ a lo que existe. La realidad, como quiera que se la conciba, es considerada por la teoría crítica como un campo de posibilidades, siendo precisamente la tarea de la teoría crítica definir y ponderar el grado de variación que existe más allá de lo empíricamente dado. El análisis crítico de lo que existe reposa sobre el presupuesto de que los hechos de la realidad no agotan las posibilidades de la existencia, y que, por tanto, también hay alternativas capaces de superar aquello que resulta criticable en lo que existe. El malestar, la indignación y el inconformismo frente a lo que existe sirven de fuente de inspiración para teorizar sobre el modo de superar tal estado de cosas”.

Con este objetivo, la labor del investigador social no tiene por qué reducirse a la descripción de la realidad objeto de su estudio, sino que intenta desvelar aquellas fuerzas y aquellos actores concretos que han “naturalizado” ciertas realidades en beneficio de unos pocos, y, sobre todo, desea mostrar con su labor aquellas alternativas posibles para pueden construir mejores relaciones sociales.

El análisis del discurso entra así de lleno en esta orientación crítica, pero, a diferencia de otros estudiosos que también pueden partir del estudio de los discursos

(ciencia política, sociología, psicología social, etc.), nuestro objetivo como especialistas en el lenguaje es centrarnos en las relaciones de poder y en la construcción ideológica que se construye *en los discursos mismos*, a partir del análisis de las estructuras y estrategias clave.

Desde esta orientación, el fin no es la relación de los discursos con las diversas teorías sociales y políticas (aunque esto pueda hacerse en algún momento también), sino principalmente *desvelar* los diferentes niveles de significación que se activan en las prácticas comunicativas utilizadas por hablantes concretos con roles sociales determinados, en contextos socio-políticos y socio-culturales específicos. Precizando, además, que este significado proviene tanto de lo dicho como de lo “indicado” (Foucault, 1969).

2. Objetivos del análisis del discurso desde una perspectiva crítica: la construcción del poder y la ideología

Desde esta orientación crítica el objetivo de estudio es el de aquellos tipos de discurso en donde se da bien una relación asimétrica entre los interlocutores por las diferencias de poder entre ellos, bien una competencia ideológica porque se trata de grupos político-sociales que compiten por el acceso y/o el control a los recursos públicos o por cambios en las relaciones en el seno de sus sociedades. En realidad, más que dos tipos de géneros discursivos bien delimitados, creemos que forman gradualmente un continuo en cuyos extremos se sitúan, por un lado, la construcción de poder y, en el otro, la ideología.

En este sentido, si consideramos la interacción empleado-cliente en una empresa pequeña, que participa tanto de capital privado como público y se encarga de la gestión del agua en una ciudad media, podemos analizar dicha interacción en términos de las relaciones de poder que se establecen entre el empleado y cada uno de los clientes que a ella acuden (Morales López *et al.*, 2005 y 2006). Estudiaríamos cuáles son las estrategias utilizadas por los empleados para adaptarse a los diferentes tipos de clientes, qué conflictos surgen, cómo se lleva a cabo la negociación de la información técnica, el grado de satisfacción de los clientes, etc. Es decir, nuestro objetivo puede ser un análisis interaccional en sí mismo, en donde se revele un mayor o menor grado de asimetría en la relación que allí se construye.

Sin embargo, si observamos que los conflictos son recurrentes y que los clientes alimentan sus quejas entre ellos, con repercusiones en los medios de comunicación locales, entonces necesitamos trascender el nivel de las relaciones de poder internas a la empresa para incluir también el contexto socio-político que ha ocasionado la reorganización de la gestión del agua en esta ciudad para pasar a manos semi-privadas. De esta forma, este contexto político más amplio y la relación de la empresa con el ayuntamiento local actúan dialécticamente para ayudarnos a comprender aspectos internos de las interacciones mismas. En este caso, ya no es fácil separar las relaciones de poder de las ideológicas.

En el extremo opuesto del continuo mencionado arriba, situamos los diversos géneros discursivos de tipo político: debates parlamentarios, campañas electorales, mítines, entrevistas, etc. En ellos la finalidad principal es la disputa ideológica por el acceso al poder de las instituciones estatales. De esta manera, las dos funciones sociales principales de estos tipos de discursos son tanto la legitimación propia como la deslegitimación del adversario o adversarios políticos. Estas funciones son recurrentes a pesar de la variedad de discursos políticos que las democracias modernas han creado y siguen continuamente creando: bien en el ágora clásica en donde se da una relación directa con los destinatarios (como en los mítines, los encuentros personales con colectivos diversos, etc.); bien en el ágora mediática a través de entrevistas, debates, tertulias de la televisión y de la radio; o bien en el nuevo ágora electrónica por medio de las *webs* corporativas de los partidos políticos, los *blogs* personales de las figuras políticas, las nuevas redes sociales más interactivas, etc. En todos estos discursos, el personaje político se “construye” como el autor-portavoz (en términos de Goffman) de un partido o grupo político que tiene la clave para resolver los problemas de los ciudadanos, a diferencia de los líderes del resto de partidos.

Otros tipos de discursos son también (o cada vez más) ideológicos aunque muchas veces su finalidad se entremezcle con objetivos de tipo puramente social. Aquí situaríamos, entre otros, los discursos cada vez más frecuentes en el espacio público del llamado tercer sector: los diversos grupos sociales y cívicos sin ánimo de lucro (ONGs, plataformas sociales, grupos organizados de ciudadanos, etc.) que compiten por cambios sociales y políticos nuevos: ecologistas, defensores de cambios económicos en las instituciones internacionales, organizaciones de discapacitados, asociaciones de vecinos, etc. Si bien algunos de estos grupos pueden presentar reivindicaciones de tipo más estrictamente social (mejora de los equipamientos de los barrios, mayor

capacitación de colectivos más desfavorecidos, etc.), otros han avanzado hacia posiciones cada vez más de contenido político (ecologistas que proponen una nueva política energética basada en las energías limpias, ONGs que realizan incidencia política en pro de reformas agrarias, entre muchos otros). En este segundo caso, nos encontramos con grupos de poder que debaten y compiten con las instituciones no para alcanzar ellos mismos el poder (esta es la diferencia respecto a los grupos políticos), sino para conseguir reformas socio-políticas de calado; podríamos decir, para instaurar nuevos universos simbólicos en los que las relaciones de poder inherentes a las instituciones resulten menos desiguales. En este sentido sus discursos son también ideológicos.

Estos grupos saben también que los cambios políticos comienzan siempre en el nivel de los discursos, por ello orientan estos discursos para conseguir tanto la adhesión de la ciudadanía a los nuevos marcos cognitivos que proponen como para convencer a los poderes políticos (locales y globales) de su necesidad. Aliados muchas veces con investigadores diversos en campos científicos específicos (control de armas, cambios en acuerdos internacionales, etc.), se convierten ellos mismos en expertos mucho más fiables a veces que ciertas instituciones estatales o interestatales; de ahí su aparición cada vez más frecuente en los medios de comunicación. El papel del intelectual que levanta la voz a título individual alterna hoy con el portavoz de una organización (de carácter más o menos internacional) que defiende causas universales.

Desde esta perspectiva más amplia, el análisis del discurso con un enfoque crítico ha de analizar la enorme variedad de discursos que las sociedades actuales generan en una interrelación constante con las instituciones que los crean; porque el resultado ya no es simplemente un producto lingüístico sino una forma de práctica social que transmite al mismo tiempo que *crea* las relaciones sociales y políticas.

3. Necesidad de un enfoque transdisciplinario

Tal como hemos indicado, la perspectiva crítica es una aproximación teórico-metodológica utilizada en diversas disciplinas sociales por lo que son también variadas las formas de analizar e interpretar sus objetos de estudio. Esta misma afirmación se puede decir del estudio de los discursos con esta finalidad crítica.

Además, la experiencia de nuestro grupo nos ha mostrado que no solo necesitamos utilizar una variedad de enfoques para realizar un buen análisis e

interpretación de los datos discursivos, sino que es necesaria una aproximación transdisciplinaria si realmente queremos profundizar en la complejidad de sus niveles de significación y en su dinamismo constante.

Por transdisciplinarietà entendemos una perspectiva que no trata solo de combinar diversas metodologías en el trabajo de análisis, sino crear con esta variedad de aproximaciones un espacio de reflexión teórico-metodológica desde donde el objeto discursivo se observe y, sobre todo, se interprete con nueva luz.

Nos adherimos de esta manera al enfoque conocido como *complejidad*, según el cual los objetos de estudio necesitan investigarse inseparablemente de sus condiciones de existencia y de su evolución natural, biológica e/o histórico-cultural; es decir, objetos enmarcados en sistemas abiertos que se modifican en sus relaciones internas y en continua simbiosis con otros sistemas y con su entorno contextual. De esta forma, la interrelación entre disciplinas y metodologías se considera un punto de vista imprescindible.

Asimismo, desde esta aproximación es fundamental plantearse la finalidad ética de la investigación porque la investigación científica no puede desligarse del humanismo. Si en las investigaciones puramente físicas y biológicas ya hemos constatado las repercusiones negativas que pueden provocar cuando no se tienen en cuenta sus consecuencias humanas (pensemos en la bomba atómica, la destrucción de los ecosistemas, etc.), con mayor razón tenemos que decirlo de los estudios puramente sociales. En este sentido, podríamos decir que el planteamiento crítico al que nos adherimos en el análisis discursivo lo entendemos también como una revitalización de la tradición humanística.

La descontextualización y la falta de historicismo a que nos ha conducido el positivismo en los estudios del lenguaje han provocado la separación de nuestro objeto de estudio de los sujetos que lo usaron, y que crearon con él visiones del mundo y *marcos* interpretativos nuevos. Por el contrario, desde la nueva visión que seguimos, el objeto no está *fuera* de nosotros por lo que tampoco lo podemos observar con objetividad total (Rubino, 1990). La realidad no está fuera de los discursos, sino que la creamos con ellos, con lo cual la subjetividad y la indeterminación de los sujetos se trasladan también a los discursos mismos; el resultado es, en el sentido de Bajtín, un mundo con múltiples voces y opciones. De esta manera, al igual que toda investigación científica, el análisis discursivo precisa un trabajo de interpretación para descubrir una verdad que será siempre inacabada, y se irá modificando en el tiempo y en la

interrelación con otros sujetos cuyos marcos de interpretación pueden diferir de los nuestros (dado que los construyeron *corporizándolos* también con su entorno).

El nuevo humanismo que propugnamos ha de ser un enfoque que no añore la supuesta *cientificidad* de las ciencias, imitando la herencia positivista de la parcelación de su objeto de estudio en componentes diversos con el engañoso objetivo de llegar así a conocer mejor su objeto de estudio; sino un humanismo que, en primer lugar, no pierda de vista la dialéctica continua del todo y su partes, y de estos con sus condiciones de existencia; y, en segundo lugar, analice con la mayor claridad posible las incertidumbres éticas y los límites de toda empresa humana (Rubino, 1993).

Estos presupuestos se han ido aquilatando en el recorrido teórico-metodológico que iniciamos en 1995, cuando comenzamos nuestra colaboración investigando el discurso político español. En el apartado siguiente, les mostramos la evolución de esta sobrepasada década de trabajo en el análisis concreto del discurso político.

4. Nuestro análisis del discurso político (1995-2007)

En los comienzos de nuestra colaboración, procuramos estudiar y analizar la estructura general de los discursos de los políticos que ocupaban lugar preeminente en la reciente democracia española, haciendo especial hincapié en la relación entre los aspectos formales y la persuasión. No podían cubrir en exclusiva los estudios lingüísticos nuestras pretensiones analíticas: ni el análisis que se ha acostumbrado hacer en los niveles tradicionales (morfo-fonológico, sintáctico y semántico) ni tampoco en el pragmático. Sin embargo, las aportaciones lingüísticas del siglo XX unidas a la revitalizada teoría retórica, sí que nos ofrecían un conjunto de herramientas conceptuales y analíticas con las que afrontar nuestro intento. Queríamos investigar hasta qué punto un discurso persuasivo requería de algo más que estrategias parciales, atomizadas, para su buena consecución; y de qué manera podíamos afrontar el análisis totalizador de dichos discursos, para manifestar la importancia (a la hora de la persuasión) de las estructuras textual-pragmáticas globales. Procuramos detectar la existencia de unas estructuras universales para el discurso público, en concreto en su vertiente política. También queríamos saber hasta qué punto esas estructuras, de darse, eran garantía para conseguir la persuasión discursiva. La teoría de géneros de la retórica, que acuñara en su *Retórica* Aristóteles (Aristóteles, 1990), nos parecía un sólido punto de referencia; así como la compleja teoría de construcción de los distintos

tipos de discurso público, según la división clásica en cinco operaciones retóricas (*inventio, dispositio, elocutio, memoria y actio* o *pronuntiatio*) y según la teoría de las partes del discurso (*exordio, narratio, argumentatio y peroratio*), que igualmente se había acuñado en los clásicos períodos de desarrollo de la retórica, en Grecia y Roma. ¿Hasta qué punto seguían siendo válidos estos planteamientos veintitantos siglos después? ¿Se daban esas u otras estructuras de progenie parecida en los discursos políticos de la actualidad? Y, en caso de darse similares construcciones discursivas, ¿hasta qué punto, que un político construyera su discurso según semejantes presupuestos, era garantía de que el discurso fuera eficaz, es decir que persuadiera al auditorio al que iba dirigido?

Estudiamos los discursos de los Debates sobre el Estado de la Nación. Y en concreto publicamos nuestros análisis de un par de discursos: uno de Felipe González, entonces Presidente del Gobierno, y otro de su opositor parlamentario, José María Aznar (Pujante y Morales López, 1996-97).² Observamos que existían concepciones distintas, de lo retórico en el discurso, por parte de ambos. González no renunciaba a los conocimientos retóricos, pero con una clara conciencia de que el discurso persuasivo en cada tiempo y lugar tiene que adaptarse a las circunstancias que le son propias. Por lo que su discurso, mejor retóricamente que el de Aznar, diluía por completo cualquier acartonamiento estructural, que pudiera hacerlo reconocer como un discurso al viejo estilo retórico. Sin embargo no dejaba de cumplir los requisitos de toda estructura discursiva con fines persuasivos: un inicio buscando el entendimiento con el oyente, una clara exposición de su forma de ver los problemas, una aguda argumentación y un cierre brillante para todo lo expuesto. En el caso de Aznar nos encontrábamos con un *dinamitador* de su propio campo. Aparentaba renunciar a lo *retórico* (entendido principalmente en su visión más negativa, decimonónica). Y, sin embargo, utilizaba elementos retóricos en sus aspectos más apolillados: los viejos modos expresivos de tropos y figuras reconocibles por manidos.

Aquellas intervenciones del 8 de febrero de 1995 condujeron a un triunfo en las urnas de José María Aznar, tras un largo deterioro del gobierno socialista. Nuestro estudio de entonces nos permitió constatar que para el análisis de los discursos mediáticos con fines persuasivos, y en concreto en el ámbito político, las meras estructuras (retórico-persuasivas) no dan clara cuenta del poder persuasivo del discurso.

² Pueden consultar nuestros trabajos en las *webs* mencionadas al inicio de este artículo.

Pronto nos enfrentábamos con uno de nuestros límites. Sin renunciar a los análisis de género discursivo y de estructura global discursiva (con atención a las operaciones retóricas y a las partes del discurso), comprendíamos que todo eso no era sino uno de los elementos, si bien irrenunciable, del puzzle analítico.

Vimos en ese trabajo, no obstante, con claridad, la importancia de la relación emisor-receptores, cuando la estrategia de Aznar de dirigirse a las cámaras de televisión constantemente durante su intervención, desatendiendo el auditorio de la Cámara de los Diputados, otorgó a su discurso el valor de un mitin preelectoral, que luego supimos que había sido de gran trascendencia. Observamos y comprendimos que los actos comunicativos que estábamos estudiando podíamos considerarlos como un interconectado triplete de *forma*, *significado* y *situación*. Habíamos dado con el buen utillaje para analizar las formas globales del discurso público en su vertiente política en nuestro país, que nos proporcionaba la renacida teoría retórica; igualmente teníamos el magnífico desarrollo durante el siglo XX de la pragmática lingüística para analizar las complejidades espacio-temporales de los significados; pero todavía necesitábamos de la consideración de todos los aspectos mensurables de la situación en la que se da el discurso, así como todos aquellos otros no tan fácilmente medibles y que hacen referencia al conocimiento de las personas implicadas. Aznar se valió del desprestigio que estaba mordiendo al gobierno socialista desde tiempo atrás, y que sabía pesaba en el ánimo de gran parte del descontento y desencantado electorado español, y, utilizando una clara división ilocutiva (Fill, 1986) o *poliacroasis*, en acuñamiento de Tomás Albaladejo (Albaladejo, 1998 y 2000), hablaba *directamente* a la cámara de los diputados y al Presidente del Gobierno, pero hablaba indirecta o *vagamente* a todo el pueblo español que iría en breve a las urnas. Creemos que más allá de torpezas constructivas del discurso (Aznar nunca se caracterizó por ser un buen orador durante su período de presidencia), la gran baza que jugó, en el discurso del 8 de febrero de 1995 al que nos estamos refiriendo, fue ésta. Si bien la *poliacroasis* oratoria se dio siempre (pues en el ágora antigua los oradores se dirigían a personas concretas a lo largo de sus discursos, focalizándolos momentáneamente según sus intereses, multiplicando la ilocución; lo que también Goffman en su libro de 1981 precisó al distinguir entre la audiencia *ratificada* y la *no ratificada*), el fenómeno se ha convertido, en el mundo de la televisión, la radio y los globales medios de la comunicación actual, en una estrategia básica del discurso político contemporáneo (Pujante, 2003: 379).

Nuestro descontento respecto a los claros límites que mostraban nuestros análisis de las estructuras generales del discurso como fundamento de la persuasión discursiva (en la línea de la teoría clásica retórica), nos condujo a fijarnos en otro aspecto fundamental del discurso político: *la construcción del personaje*. Para reflexionar sobre este elemento fundamental en los discursos políticos (donde, como en los discursos ficticios, el protagonista tiene que construirse una identidad discursiva que tiene tanto valor persuasivo como la propia argumentación y las demás estrategias persuasivas engarzadas a la estructura del discurso), analizamos el discurso de Borrell, cuyo liderazgo se desmoronó el día de su intervención en el Debate sobre el Estado de la Nación. Josep Borrell era líder de la oposición (Partido Socialista) en el Debate sobre el Estado de la Nación que tuvo lugar el 12 de mayo de 1998 en el Congreso de los Diputados (Pujante y Morales López, 2003). El discurso de este solvente político (según había demostrado a lo largo de su trayectoria) tenía una estructura que, desde un análisis retórico, puede considerarse correcta, incluso buena. La estructura narrativa era incluso muy buena: clara y bien organizada. La argumentación resultó especialmente brillante. Sin embargo, este discurso fue un fracaso sonado. No persuadió a nadie y la valoración general de la sociedad fue negativa. Nos preguntamos entonces por qué este rotundo fracaso de un discurso bien construido y bien argumentado; y tuvimos que recurrir, para responder con eficacia, a los trabajos del sociólogo del conocimiento Irving Goffman (Goffman 1959; 1974 y 1974a). Subrayemos en estos momentos nuestro permanente interés multidisciplinario (ya tratado con anterioridad, como presupuesto teórico, en esta misma exposición; pero que es conveniente que señalemos ahora, al exponer un historial de nuestro trabajo y de nuestro modo de actuar, que ha sido siempre la búsqueda en distintos lugares disciplinares de las posibles iluminaciones a los problemas que se nos han ido planteando analíticamente).

Goffman habla de la *self-presentation* y de la construcción social que hacemos de nosotros mismos en nuestros discursos. Si la teoría proveniente de la sociología lingüística la traducimos en clave retórica, tenemos que decir que es necesario que todas las operaciones que constituyen el discurso funcionen, para que el discurso se valide. Por muy bien que esté *inventado, dispuesto, elocucionado* un discurso (incluso *memorizado*), no basta. Si fracasa la parte *actuativa*, fracasa el discurso. Ya Demóstenes respondía a la pregunta sobre lo más importante de un discurso, diciendo que era la *hipocrisis* (declamación, pronunciación), es decir, la *teatralización* del discurso. Sin duda Borrell, por las razones que en su momento analizamos, dio una visión de sí

mismo a lo largo de su discurso, proyectó una versión de su identidad, que desalentó a propios y ajenos, que molestó incluso. Sin duda a ello contribuyó mucho la actitud del partido en el Gobierno, unos receptores que lo interrumpían constantemente y lo provocaban permanentemente al darse cuenta del deterioro discursivo de su imagen. Volviendo a la traducción retórica, falló la quinta operación retórica, la *actio*, y falló todo el discurso.

Una de las más sólidas partes para el análisis discursivo nos parece la argumentación. Ya lo consideraban así los antiguos *rétores* y lo ha confirmado el siglo XX con la larga lista de estudiosos y estudios dedicados a los problemas de la argumentación. Aparentemente es la parte más racional del discurso y la que podría tener menos problemas de carácter analítico. Pero no es así en ningún caso. Lo pudimos comprobar al estudiar los problemas de lógica no formal y de falacias que se dan en los discursos propios de la lengua oral, que es la lengua del discurso político. Debemos introducir ahora nuestra importantísima lectura de los trabajos de los profesores F. H. van Eemeren y R. Grootendorst, (Eemeren y Grootendorst, 1996, 2004 y 2006). Afrontamos los problemas argumentativos al trabajar sobre un importante discurso de Aznar al final de su carrera como político en el gobierno, en el problemático momento de la participación española en la guerra de Irak (Pujante y Morales López, 2008). Como en otros trabajos nuestros, en este análisis del último discurso que dio Aznar sobre la guerra de Irak, en diciembre de 2003, comenzaron a planteárenos una serie de nuevas propuestas e intenciones que son a las que dedicamos los siguientes párrafos de este historial de lo que ha sido hasta el momento nuestro trabajo sobre análisis del discurso político.

Siempre hemos pensado, desde la perspectiva retórica y desde la perspectiva de la lingüística cognitiva (que son elementos básicos de nuestro estudio y reflexión), que el discurso *hace* el mundo que nosotros vemos, lo configura como nosotros lo vemos. Todo conocimiento está mediatizado por la interpretación lingüística. Desde que somos jóvenes tenemos la experiencia de la necesidad de escribir discursos u *oralizarlos* a nuestros amigos (cartas, conversaciones) y a nosotros mismos (diarios, poemas), cuando no entendemos una situación vital. Pero ¿qué es lo que media entre la experiencia y el discurso? Conforme fuimos avanzando en nuestros análisis de discursos políticos, nos interesamos de manera cada vez más clara en los problemas ideológicos. ¿Cómo se construye y cómo se sostiene una ideología desde los discursos públicos? Esta cantidad de discursos de la sociedad mediática, que nos asedian desde que se enciende la radio

por la mañana, en lugar del despertador tradicional, hasta que nos dormimos por la noche con el sonsonete de cualquier programa televisivo de opinión, azul, amarillo o de cualquier tono.

La lectura de Lakoff (Lakoff, 1980, 2002, 2007 y 2008) fue de gran importancia para nosotros en un determinado momento. Barajábamos la concepción retórica de que se hacen discursos para confrontar entendimientos distintos de una misma situación social y decidir la visión más persuasiva, mejor argumentada. También la idea de que esos discursos sociales responden, en cada orador, a un previo discurso personal de estudio e *intelección* (Chico, 1989: 47-55) del problema; es decir, que el discurso persuasivo social requiere de un discurso *autopersuasivo* previo (Pujante, 1999: 36). Y la idea de que cada tiempo y lugar requieren discursos que establezcan las verdades consensuadas que convienen a su momento, en bien de toda la sociedad. Son todas ellas ideas de la vieja retórica, repensadas por grandes pensadores modernos tan dispares como Perelman, Habermas, Foucault y un largo etc. Y, para nuestros análisis discursivos, encuentran una importante aportación y continuación en las contribuciones del cognitivismo actual. Sin duda la interpretación necesaria de las cosas del mundo, que se concretan en discursos que participamos a los demás con la intención de que secunden nuestra manera de ver las cosas, no es algo limpio y directo, que depende de nosotros mismos porque comienza en nosotros mismos. Sin duda el concepto de *marco* ha sido un concepto fundamental, que también nace en Goffman y pasa a Lakoff. Nosotros vemos desde nuestro *marco*, desde nuestras “estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo.” (Lakoff, 2007: 17) Por tanto cuando miramos al mundo e intentamos entender una situación determinada, estamos reticulando, tornasolando, desde unas estructuras mentales; unas estructuras que se construyen por medio de usos lingüísticos. Esos usos: los más, nos vienen dados; los menos, los construimos nosotros. A lo largo de nuestro aprendizaje del mundo y de nosotros mismos nos sirven como explicaciones discursivas de las distintas situaciones y problemas que se nos presentan. Esos marcos de referencia, que no pueden verse ni oírse, forman parte de lo que los científicos cognitivos llaman el *inconsciente cognitivo*.

Nos ha interesado a partir de cierto momento ver (puesto que los marcos se conocen a través del lenguaje, y todas las palabras se definen en relación a marcos conceptuales) cómo se manifiesta en los discursos de los políticos la defensa de un marco ideológico determinado, cómo se apuntala y cómo puede, en determinados casos, modificarse.

Nuestro más reciente trabajo para la publicación intenta mostrar cómo los políticos procuran apuntalar ante los electores futuros los marcos ideológicos en los que se mueven. Incluso, siguiendo las últimas aportaciones de Lakoff (2002, 2007 y 2008), podemos reconocer los comunes errores o aciertos estratégicos, en este sentido, propios de los discursos de la derecha y de la izquierda (reconocemos en estas expresiones una notoria nebulización, aunque nos siguen sirviendo de base comunicativa para distinguir grupos más o menos conservadores, más o menos interesados por los problemas humanitarios, de derechos humanos, del bienestar común). En dicho último trabajo, que presentamos en la revista *Oralia* (en su número 12, un monográfico sobre discurso político, que coordinamos), “Los aspectos argumentativos de las respuestas de Rajoy en el programa de televisión española *Tengo una pregunta para usted*” (Pujante y Morales López 2009), observamos con claridad que este líder conservador jamás acepta denominaciones conceptuales que pertenezcan a marcos de ideologías contrarias a la suya. Prefiere no contestar o reformular argumentativamente las preguntas que los ciudadanos le hacen. Procura retrotraerse a los hechos (lo que en la tradición retórica llamamos *probatoria extrínseca*, según Quintiliano, acontecimientos que muestran su evidencia por sí solos; probatoria de la que trata en el libro V, hasta llegar al capítulo 8, de su *Institución Oratoria*) (Quintiliano, 1970; Pujante, 1999: 102-105). Sobre esos supuestos datos objetivos (el resultado es a veces una mera construcción), Rajoy reformula su visión del asunto, desde su marco ideológico. Así, destacamos en el trabajo su entendimiento *esencialista* de la Constitución Española, percibida no como un lugar de consensos básicos ciudadanos (que deben irse revisando con el paso de los tiempos y adaptándose a nuevos modos de ver España y a las nuevas necesidades ciudadanas), sino como algo inamovible, una especie de decálogo bíblico, estatuido de una vez y para siempre. Algo similar sucede con el miedo a la España rota y con el terrorismo. Al romper los marcos de los ciudadanos y reconducir las preguntas, está utilizando permanentemente el recurso de todo el conservadurismo político del primer mundo: jamás entran en el terreno contrario, apuntalan continuamente su ideología reafirmando y perfilando su propio marco.

También nuestras reflexiones de última hora van encaminadas a un mejor entendimiento de los límites en la argumentación, respecto a su eficacia persuasiva. Las aportaciones de Eemeren y Grootendorst a la discusión crítica nos han permitido analizar los momentos en los que Rajoy no respeta las reglas básicas de una discusión. Ello debería conducir a la invalidación del diálogo y a que el político en análisis

quedara fuera del juego persuasivo. Pero no siempre es así. Por tanto, tampoco las reglas de la discusión crítica dan respuesta analítica plenamente satisfactoria a las complejas intervenciones que son los discursos de los políticos. Es la fase de reflexión en la que nos encontramos en estos momentos.

Referencias

- Albaladejo, T. (1998) "Polyacroasis in rhetorical discourse", *The Canadian Journal of Rhetorical Studies*, 9: 155-167.
- Albaladejo, T. (2000) "Polifonía y poliacroasis en la oratoria política. Propuesta para una retórica bajtiniana", en F. Cortés Gabaudan, G. Hinojo Andrés y A. López Eire (eds.), *Retórica, Política e Ideología. Desde la Antigüedad hasta nuestros días, Actas del II Congreso Internacional de Logo*, vol. III, Salamanca, Universidad de Salamanca, 11-21.
- Aristóteles (1990) *Retórica*, Madrid, Gredos.
- Beaugrande, R. de (1996) "The story of discourse analysis", en T. A. van Dijk (ed.) *Introduction to discourse analysis*, págs. 35-62, Londres, Sage.
- Beaugrande, R. de (2003) "Text linguistics at the millennium 1. Corpus data and missing links", descargado de <http://beaugrande.bizland.com/Textmillennium1.htm>.
- Blommaert, J. (2005) *Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Chico Rico, F. (1989) "La *intellectio*: Notas sobre una sexta operación retórica", *Castilla. Estudios de literatura*, 14: 47-55.
- Delgado Díaz, C. J. (2007) *Hacia un nuevo saber. La bioética en la revolución contemporánea del saber*, La Habana, Acuario.
- Eagleton, T. (1991) *Ideología*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Fairclough, N. (1989) *Language and power*, Londres, Longman.
- Fairclough, N. (1993) *Discourse and social change*, Cambridge, Polity Press.
- Fairclough, N. y Wodak, R. (1997) "Análisis crítico del discurso", en van Dijk, T. A. (ed.) *El discurso como interacción social*, 367-404, Barcelona, Gedisa.
- Fill, A. (1986) "«Divided illocution» in conversational and others situations – and some of its implications", *IRAL*, 24/1: 27-34.
- Foucault, M. (1969) *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI, 1979.

- Goffman, E. (1959) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (1974) *Interaction ritual: Essays on face-to-face behavior*, Nueva York, Doubleday.
- Goffman, E. (1974a) *Fame analysis: An essay on the organization of experience*, Nueva York, Harper & Row.
- Goffman, E. (1981) *Forms of talk*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Gumperz, J. J. (1982) *Discourse strategies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Habermas, J. (1981) *Teoría de la acción comunicativa, I, Racionalidad de la acción y racionalización social*, Madrid, Taurus.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2001 [1980]) *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Lakoff, G. (2002) *Moral politics. How Liberals and Conservatives think*, Chicago-London, The University of Chicago Press.
- Lakoff, G. (2007) *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político*, Madrid, Editorial Complutense.
- Lakoff, G. (2008) *Puntos de reflexión. Manual del progresista*, Madrid, Península.
- Morales López, E. (2004) “Las aproximaciones americanas al análisis del discurso oral: perspectivas de futuro”, en D. Pujante (ed.), *Caminos de la semiótica en la última década del siglo XX*, 109-123, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Morales López, E., Prego Vázquez, G. y L. Domínguez Seco (2005) “Interviews between employees and customers during the process of restructuring a company”, *Discourse and Society*, 16/2: 225-268.
- Morales López, E., Prego Vázquez, G. y Domínguez Seco, L. (2006) *El conflicto en las empresas desde el Análisis del Discurso*, A Coruña, Universidad de A Coruña.
- Pujante, D. (1998) “El discurso político como discurso retórico. Estado de la cuestión”, en T. Albaladejo, F. Chico y E. del Río (eds.), *Retórica hoy, Teoría/Crítica*, 5: 307-336.
- Pujante, D. (1999) *El hijo de la persuasión. Quintiliano y el estatuto retórico*, 2ª edición corregida y aumentada, Logroño, Gobierno de la Rioja – Instituto de Estudios Riojanos – Ayuntamiento de Calahorra.
- Pujante, D. (2001) “Actio y cognición en el discurso político: el ejemplo de Borrell”, en José Antonio Hernández Guerrero (ed.), *Emilio Castelar y su época. Ideología, retórica y poética*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz: 273-281.

- Pujante, D. (2003) *Manual de Retórica*, Madrid, Castalia.
- Pujante, D. y Morales López, E. (1996-7) “Discurso político en la actual democracia española”, *Discurso*, Universidad Nacional Autónoma de México, otoño de 1996-primavera 1997, pp. 39-75.
- Pujante, D. y Morales López, E. (2003) “Intervención del líder de la oposición Josep Borrell en el Debate sobre el Estado de la Nación española de 1998: Análisis de un discurso fracasado”, *Monteagudo*, 3ª época, 8: 107-159.
- Pujante, D. y Morales López, E. (2008) “A political action against popular opinion: Aznar’s final speech before the Spanish Parliament justifying the war in Iraq (December 2003)”, *Journal of Language and Politics*, 7/: 71-96.
- Pujante, D. y Morales López, E. (2009) “Los aspectos argumentativos de las respuestas de Rajoy a un grupo de ciudadanos en el programa de televisión española *Tengo una pregunta para usted*”, *Oralia*, 12: 359-392. Monográfico sobre discurso político.
- Quintiliano, M. F. (1970) *Institutionis Oratoriae Libri Duodecim*, Nueva Cork, Oxford University Press, vols. I y II, edición de M. Winterbottom.
- Raiter, A. (1999) *Lingüística y política*, Buenos Aires, Biblos.
- Raiter, A. y Zullo, J. (2004) *Sujetos de la lengua. Introducción a la lingüística del uso*, Barcelona, Gedisa.
- Rubino, C. A. (1990) “Ethics and uncertainty. The evolution of our choices: Notes toward an ethics of uncertainty”, en Benathy, Bella H. y Banathy, Bella A. (eds.) *Toward a just society for future generations: Proceedings of the 34th Annual Meeting of the International Society for the Systems Sciences*, vol. 1, pp. 206-215, Pomona, The International Society for the Systems Sciences.
- Rubino, C. A. (1993) “Managing the future: science, the humanities, and the myth of omniscience”, *World futures: The Journal of General Evolution*, 38: 157-164.
- Varela, F., Thompson, E. y Rosch, E. (1997) *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*, Barcelona, Gedisa.
- Verschueren, J. (1999) *Para entender la pragmática*, Madrid, Gredos, 2002.
- van Dijk, T. A. (1995) “Discourse analysis as ideology analysis”, en C. Schäffner y A. L. Wenden (eds.) *Language and peace*, Aldreshot, Brookfield, Singapore, Sydney, Dartmouth, págs. 17-33.
- van Dijk, T. A. (1998) *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*, Barcelona, Gedisa.
- van Dijk, T. A. (2003) *Ideología y discurso*, Barcelona, Ariel.

- van Eemeren F. H y Grootendorst, R. (1996 [1992]) *La nouvelle dialectique*, París, Éditions Kimé. (Traducción de la versión inglesa *Argumentation, communication and fallacies* (1992), Londres, Erlbaum).
- van Eemeren F. H y Grootendorst, R (2004) *A systematic theory of argumentation. The pragma-dialectical approach*, Cambridge, Cambridge University Press.
- van Eemeren F. H., Grootendorst, R. y Snoeck Henkemans, A. F. (2006 [2002]) *Argumentation. Analysis, evaluation, presentation*, Mahwah NJ, Erlbaum (Trad. española: *Argumentación. Análisis, evaluación, presentación*, traducción de R. Marafioti, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006).